

## ¿Es posible una teoría de la palabra?

Luis Fernando Lara  
*El Colegio de México*

*Para José Luis Rivarola, con treinta y cinco años de amistad*

### 1. El problema de la delimitación de la palabra

¿Es una ilusión la existencia de la unidad palabra, como lo creía Charles Bally (1909: §§ 77-80) hace más de ochenta años y como todavía parece afirmar la lingüística contemporánea? ¿Convendrá más, como plantea la conocida *La lingüística, Guía alfabética* (Art. 38) dirigida por André Martinet,<sup>1</sup> “eliminar completamente el término palabra y substituirlo por monema y sintagma, según los casos, que tienen la ventaja de ser utilizables con referencia a todas las estructuras lingüísticas”? ¿Por qué, a pesar de ello, se agrega en seguida: “No obstante, es innegable que en el plano psicológico, la palabra es un elemento real y válido; el sujeto hablante medio, aun inculto, y, según Sapir, cualquiera que sea la estructura de su lengua, piensa y pronuncia ‘palabras’, de manera que los propios lingüistas se ven obligados a utilizar en sus escritos la palabra en el sentido tradicional y habitual”?

La búsqueda de definiciones de lo que es una palabra parece haber quedado en el pasado de la lingüística. Tras una época de gran actividad al respecto entre los años 1940 y 70, en que el mismo

---

<sup>1</sup> Trad. Carlos Manzano. Barcelona: Anagrama, 1972. La autora del artículo sobre la palabra fue Fanny de Sivers.

Martinet (1949), Knud Togeby (1949), Joshua Greenberg (1958), Finnegair Hiorth (1958),<sup>2</sup> Kramsky (1969) y varios más se esforzaron por encontrar una teoría de la palabra, adecuada para todas las lenguas, la lingüística de las décadas posteriores parece haber terminado por asumirla como “intuitivamente” real, aunque estorbosa y quizá, en el fondo, innecesaria, habida cuenta de la clara existencia del morfema y el sintagma. Por eso la unidad palabra se conserva, tanto en las voces con que se la significa ordinariamente (palabra, mot, wort, word, etc.), como en el uso de los lingüistas y en la base de la elaboración de las teorías morfológicas y sintácticas.

Vale la pena preguntarse a qué se debe esa desestimación de la unidad palabra en la lingüística del último tercio del siglo XX, no sólo por el interés histórico que tiene, sino por su interés epistemológico, que es el que hoy en día puede abrir la posibilidad de replantear el tema con otras perspectivas.

Alain Rey, con la amplitud de horizonte y la precisión intelectual que lo caracterizan, sostiene en *Le lexique: Images et modèles, du dictionnaire à la lexicologie* que se debe, desde Saussure y Bloomfield, al predominio del interés por el sistema lingüístico sobre la vieja tradición gramatical y semántica, heredada del pensamiento de la Antigüedad, para la cual la palabra como clase de categorías gramaticales y como nombre de cosas, tenía una identidad patente: “Avec la linguistique structurale, que ce soit chez Saussure ou chez Bloomfield, la spécificité du mot est contestée, et la lexicologie n’a plus d’objet défini. Ceci résulte d’un vaste mouvement épistémologique: la scientification, par tendance à constituer un “modèle” consistant, de la linguistique” (Rey 1977: § 6.1.1., 156).

Si bien la necesidad de encontrar un sistema en las lenguas ha sido predominante en la lingüística moderna, como señala Rey, hay que destacar en ella el papel correspondiente a los métodos de descripción, que han dado su impronta a las diversas concepciones de lo que es el sistema lingüístico, al punto de llegar a confundir el sistema supuesto, que sería un fenómeno real, con los métodos para descubrirlo. En efecto: no se puede soslayar que debemos, sobre

---

<sup>2</sup> Además de su discusión de los métodos empleados para delimitar la palabra, es interesante su argumentación para considerarla un primitivo de una lingüística axiomática.

todo, a la lingüística descriptiva estadounidense un arsenal de métodos para describir lenguas desconocidas, cuyas dos características centrales son, por un lado, la actitud objetivante y neutral de los métodos o procedimientos de descubrimiento (los *discovery procedures*), que necesariamente debe gravitar sobre el plano de la expresión —el plano perceptualmente material del signo— y sobre la forma del contenido —el estrato del plano del contenido correspondiente a la forma gramatical, igualmente verificable sobre la base del plano de la expresión—, pues sólo ellos ofrecen fenómenos materiales observables; por el otro lado, y de manera concomitante, la eliminación de toda interpretación semántica del signo, por cuanto no tiene las características formales perceptibles en la fonética, en la fonología y en la gramática, sino que resulta un “supuesto mental” incomprobable con métodos descriptivos de la misma clase que los anteriores. De allí el papel ancilar del significado en los procedimientos de descubrimiento, que solamente sirve como apoyo heurístico en la operación de conmutaciones estructuralistas.

La versión radical de esa concepción de la lingüística moderna la constituye, sin lugar a dudas, el distribucionalismo desarrollado por Zellig Harris, que propone un solo proceso de descubrimiento de unidades, desde la realización sonora hasta la oración, basado en ingeniosas pruebas de permutación y combinación de elementos, sin intervención alguna del significado: “The main research of descriptive linguistics, and the only relation which will be accepted as relevant... is the distribution or arrangement within the flow of speech of some parts or features relatively to others” (Harris 1951: § 2.1, 5). Por el contrario, “it should be noted that even when meaning is taken into consideration there is no need for a detailed and involved statement of the meaning of the element, much less of what it was that the speaker meant when he said it. All that is required is that we find a regular difference between two sets of situations” (Idem: § 12.41, apéndice, n. 65, 187).

El distribucionalismo no ha sido la única concepción descriptivista de la lingüística moderna; pero en la medida en que reduce la rica variedad de procedimientos descriptivos, desde Bloomfield hasta Hockett, a su última expresión, a su mayor esquematización y afán de congruencia, es una buena ilustración de los métodos que se han seguido para lidiar con la palabra y para disolverla en la morfología.

Se puede tomar como ejemplo de los métodos usuales de tratamiento de la palabra hoy en día el capítulo correspondiente de la *Introduction to Theoretical Linguistics* de John Lyons (1968: § 5.4), quien después de reconocer que “the word is the unit par excellence of traditional grammatical theory” (Idem: § 5.4.1, 194), y de afirmar que “whatever else we may say about the word as a linguistic unit, we must reject the view which has sometimes been advanced that ‘primitive languages’ do not have words” (Idem: § 5.4.6, 199), procede a distinguir tres significados del término: el que refiere a la unidad fonológica de la palabra, el que refiere a cada tipo de “la misma palabra” —como *canto*, *canté*, *cantar*— y el que refiere a la unidad canónica paradigmática que llamamos vocablo<sup>3</sup> y él designa con lexema. En seguida discute la delimitación de la palabra fonológica mediante supuestas pausas o mediante elementos suprasegmentales como el acento; la delimitación a base de la distinción entre formas mínimas libres y ligadas en morfología; y la cohesión interna entre morfemas. Sin proponer cómo se han de relacionar entre sí cada uno de esos criterios, señala como objetivo de su definición de palabra “a unit intermediate in rank between the morpheme and the sentence and one which will correspond fairly closely with our intuitive ideas of what is a ‘word’, these intuitive ideas being supported, in general, by the conventions of the orthographic tradition” (Idem: § 5.4.8, 201). En cuanto al papel del significado en la definición de la palabra, “semantic considerations are irrelevant in the definition of word, as in the definition of other grammatical units. [...] We shall therefore concentrate upon defining the word in purely grammatical terms.”<sup>4</sup>

No es diferente la concepción de Peter H. Matthews (1971: 22-26), autor de uno de los tratados más útiles actualmente de morfología, quien no propone una teoría de la palabra como fenómeno real —como se colegiría del subtítulo del libro: “An Introduction to the Theory of Word-structure”—, sino que da por sentada su existencia y se concreta a hacer tres distinciones prácticas que no la definen, sino

<sup>3</sup> Cf. Klaus Heger 1974, para esas distinciones.

<sup>4</sup> El razonamiento que lo lleva a esta decisión se basa en el reconocimiento de que todo morfema, toda palabra y todo sintagma tienen significado, por lo que el significado no puede ser un criterio determinante de la distinción de la palabra en relación con otras unidades de primera articulación.

que le sirven para especificar tres de sus aspectos, de la misma manera en que lo hace Lyons: 1) la serie de unidades fonológicas que la constituyen, o *word-form*; 2) la unidad abstracta, o *lexema* — “the fundamental unit... of the lexicon of the language,” que permite reunir formas conjugadas o flexionadas en una sola unidad; y 3) la palabra escrita o hablada, a la que llama *grammatical word*, y que corresponde, más bien, al tipo y no al *lexema* o vocablo. “The term *word* may then be reserved, in the strictest usage, for sense 3. Thus the *word-form* tried is the form of the word which we call the Past Participle (or the Past Tense) of TRY [el ‘lexema’]”.

Como se puede ver en los casos de Lyons y Matthews, que juzgo representativos de la actitud contemporánea de la lingüística, sobre cualquier otra consideración se impone el aspecto morfológico; la palabra se propone como “un nivel intermedio” entre la morfología y la sintaxis, pero no se define en su unidad. Observa con razón Alain Rey: “La réduction du lexical au morphosyntactique et au morphosémantique, au prix de diverses opérations méthodologiques, caractérise la plupart des théories contemporaines” (1977: §8.1.2, 185).

La concepción de la palabra en la corriente generativista es diferente. Mark Aronoff (1976: 7-34) comienza por poner en duda que los morfemas sean una unidad mínima con significado, como ha enseñado toda la lingüística moderna, y que la palabra sea una composición polimorfémica cuyo significado resulte de la composición de los significados de sus morfemas constituyentes. Siguiendo una ejemplificación anterior de Bloomfield (1933: § 10.1), sostiene que los morfemas *cran-*, *boysen-*, y *huckle-* con los que se “componen” las palabras inglesas *cranberry* (arándano), *boysenberry* (“frambuesa de Boysen”?) y *huckleberry* (no conozco un nombre en español), no tienen existencia propia fuera de esas tres palabras y tampoco tienen significado; y que *straw-*, *blue-*, *goose-* que componen *strawberry* (fresa), *blueberry* (zarzamora?), *gooseberry* (¿?), aunque tienen significado en aislamiento, las palabras de las que forman parte no se “componen” de él, pues los significados ‘paja’, ‘azul’, ‘ganso’, etc. no tienen nada que ver con los significados de las palabras obtenidas.<sup>5</sup> Por eso

---

<sup>5</sup> En el ámbito de las drupas comestibles, de las que las regiones frías de la Tierra son tan ricas, hay una gran variedad de drupas, de los géneros *fragaria*, *vaccinium* y *rubus*, que el inglés agrupa como *berries* y el alemán como *beeren*, por la manera en que sus culturas

afirma Aronoff que el morfema no es la “unidad mínima con significado,” sino que sólo la palabra misma puede considerarse como tal. De ahí que su lectura de la obra de Saussure lo lleve a atribuir a éste la idea de que la unidad realmente mínima con significado sea “el signo” entendido como palabra: “Translated into a Saussurean framework, the hypothesis says that for the purposes of syntax, the word (sans inflection) is the minimal sign” (el subrayado es mío).<sup>6</sup>

Sorprendente como lo es su argumentación, resulta muy lógica si se toma en cuenta que su objetivo central es encontrar la manera de tratar la morfología y la formación de palabras en el marco generativista, en cuyo origen se encuentra la definición matemática de un lenguaje: una gramática y un diccionario; es decir, una sintaxis y un léxico.<sup>7</sup> El léxico sólo “se inserta” en la sintaxis, por lo que las unidades que lo forman, las palabras, deben existir previamente. El es-

---

conciben ante todo la drupa (En español, la cultura distingue la fresa de las moras; y la frambuesa o el arándano de la zarzamora y la grosella, por ejemplo, en que su forma de drupa pasa a segundo término o incluso, no se reconoce). Muchos de estos nombres se producen de acuerdo con diferentes observaciones de los pueblos que hablan estas lenguas (color, zona en que nacen, preferencia alimenticia de ciertos animales, etc.), pero además, como se trata de frutos comestibles, ha habido gran cantidad de híbridos, creados por individuos reconocidos. Tal es el caso de la *boysenberry*, que lleva el nombre de Rudolph Boysen, su creador, en 1923, a partir de la *raspberry* (frambuesa). Lo mismo sucede con la *loganberry* (que podríamos llamar “frambuesa de Logan”), que Aronoff no considera. La excepcionalidad de *boysen-*, de *cran-* y de *huckle-* como morfemas del inglés se debe, en el primer caso, a que Rudolph Boysen no dio su nombre a ningún otro producto; en los dos siguientes, a que se trata de nombres completos heredados, respectivamente, del antiguo germánico (*cran-* es la misma raíz del ingl. *crane* y el al. *Krähne* (grulla y grúa) y del antiguo inglés (Bloomfield 1933: § 13.2, propone que *gooseberry* es una modificación posterior de \**grosse-berry*. No toca la posibilidad de una resemantización de la palabra en época moderna, motivada por la necesidad de darle un significado comprensible, como sucede tantas veces en voces como vagabundo/“vagamundo”). Pero se puede suponer que en todos los casos sean composiciones de *-berry* y un especificador de color, de creador, de preferencia alimenticia de ciertos animales, de la misma clase que en esp. palo de rosa, palo de campeche, palo de limón o rosa de Castilla.

<sup>6</sup> Puesto que la flexión, en general, tiene mucho mayor regularidad que la derivación, es más factible tratar de elaborar reglas formales para aquella y, por lo tanto, encontrarle algún lugar en la sistemática generativista, que para ésta, tan “idiosincrática”. De allí su paréntesis.

<sup>7</sup> En su primer capítulo, condensa el sentido de “Remarks on nominalization” de Chomsky (publicado en R. Jacobs y P.S. Rosenbaum (eds.), *Readings in English Transformational Grammar*, Massachusetts, 1970: 6): “This paper presents a new theory of syntax, in which all of derivational morphology is isolated and removed from the syntax; it is instead dealt with in an expanded lexicon, by a separate component of the grammar.”

fuerzo de Aronoff consiste en buscar la manera de someter la formación de palabras a reglas (excepto las que se producen por derivación), para darles un lugar en el sistema generativo y lo cierto es que, en efecto, el significado de una palabra no es el resultado de la composición de los significados de los morfemas que la constituyen.<sup>8</sup> Se puede concluir, entonces, que no hay una definición de la palabra como se había venido buscando en lingüística descriptiva y estructural, sino una adaptación de la concepción cultural de la palabra (a la que Lyons y muchos lingüistas prefieren llamar “intuitiva”) a las necesidades del sistema generativo.

Sin embargo, vale la pena considerar de nuevo su negación del morfema como “unidad mínima con significado”. Para ello, hay que recordar el papel heurístico del significado en el proceso de descubrimiento de los elementos de una lengua: dados dos signos cualesquiera<sup>9</sup> si se comparan sus formas y, al hacerlo, surge una diferencia de significado, se consideran diferentes. De ahí que sea válido comparar *boysenberry* con *strawberry*, por ejemplo, para concluir que se pueden distinguir *boysen-* y *straw-* como diferentes, dada la base de la comparación, que es *-berry*. Puesto que *boysen-*, *straw-* y *-berry* forman parte de una unidad que tiene un significado propio y reconocible, se supone que las formas que la componen también lo tendrán, pues

---

<sup>8</sup> El resto de su argumentación consiste en explorar el carácter morfológico de verbos como *refer*, *defer*, *prefer*, *remit*, *commit*, *transmit*, *resume*, *presume*, *consume*, etc., en donde segmenta *re-*, *de-*, *pre-*, *com-*, *trans-*, etc. para asegurar que cada uno de estos prefijos no tiene un significado propio e idéntico. En efecto, no lo tienen, pero ¿para un anglohablante actual esas segmentaciones son evidentes? Se diría que para un hablante actual, esas palabras no pueden descomponerse en más morfemas. Se podrá, por ejemplo, con *re-make* ‘volver a hacer o rehacer’, pero probablemente no con *re-mit*, *re-sume*, del mismo modo en que un hispanohablante actual no analizaría *re-mitir* o *re-sumir*. He ahí el riesgo de no considerar el carácter histórico del vocabulario. Si la segmentación se automatiza, como se ha experimentado en estudios cuantitativos, un corpus de palabras de esta clase que esté bien nutrido demuestra que las probabilidades de que, dado un estadio de lengua determinado, haya una segmentación de ese tipo, son muy bajas. Mi alumno Alfonso Medina ofrece notables demostraciones al respecto en su reciente tesis doctoral *Investigación de prefijos y clíticos en el español de México. Glutinometría en el Corpus del español mexicano contemporáneo*. El Colegio de México, 2003.

<sup>9</sup> La tradición saussureana considera signo cualquier elemento que tenga significado, es decir, cualquiera de la primera articulación martinetiana. Hjelmslev (1943: capítulo 12), por ejemplo, distingue totalmente las figuras: –elementos de la segunda articulación, como los fonemas, que sólo distinguen– de los signos, todos los de primera articulación, que significan.

son elementos de primera articulación, no meros elementos distintivos. La palabra resulta así una composición morfológica, desde el punto de vista de su forma. Pero lo que sucede en estos ejemplos y en el análisis morfológico descriptivista de cualquier palabra es que su significado, como tal, no interesa, sino sólo su capacidad para diferenciarla de otras.<sup>10</sup> De ahí procede la definición del morfema como signo, no de la consideración de un significado reconocible y autónomo.<sup>11</sup>

Llega uno así a la idea de que, mientras el reconocimiento de la existencia objetiva y real de la unidad *palabra* dependa de los procedimientos de descubrimiento morfológico y de los grados de cohesión que haya entre morfemas, sin considerar realmente el significado, su existencia se pondrá en duda, en especial cuando se trata de lenguas aglutinantes, en que hay la posibilidad de formar largas cadenas de morfemas sin que se perciba con claridad una solución de su continuidad. En cambio, si se cambia la perspectiva, es decir, si se busca otra forma de abordaje de las mismas dificultades reseñadas antes, podría ser posible reconocer la unidad *palabra* en términos generales y reordenar los criterios que permitan reconocerla.

## 2. Los límites y los alcances de una teoría

Antes de proceder a intentarlo, es necesario hacer dos precisiones: por un lado, distinguir la teoría de los métodos y, por el otro, delimitar el papel de la teoría. Pues, como se ha tratado de demostrar aquí, los métodos de descubrimiento y de tratamiento de los morfemas presuponen la existencia de la palabra (heurísticamente), ya que su significado deriva de ella; pero no sólo eso, sino que una serie de métodos fonológicos y morfológicos de tratamiento de la palabra, de los que se hablará más adelante, no puede suplantar la explicación necesaria de un fenómeno real y objetivo, anterior a todos los métodos: el de la existencia de una unidad lingüística *pala-*

<sup>10</sup> No dirán que tienen *meaning*, sino que son *meaningful*.

<sup>11</sup> Por eso Heger (1976: capítulo 3) distingue el morfema en su rango 1, de la "unidad autosémica mínima" en su rango 2. El morfema sólo significa en unión con otros morfemas gramaticales (gramemas) o con otros lexemas, que le dan entidad a la palabra, como sería el caso de *re-* en *remake* en inglés o *cant-* y *-o* en *canto*, en español; mientras que *-make* o *straw-* y *-berry* en *strawberry* son unidades autosémicas mínimas, como *-hacer* en *rehacer*.

*bra* para muchos hablantes de lenguas diferentes y para todos los lingüistas que se basan en ella. El papel de la teoría es ofrecer una explicación coherente y exhaustiva de un fenómeno que se estudia; es por eso y en buena ciencia, un resultado, no un antecedente del estudio del fenómeno. Se convertirá en antecedente sólo después de que ha sido formulada y, como parte del proceso siguiente, que es el de su verificación en relación con otros fenómenos nuevos que se consideren de la misma clase. Por eso, no tiene sentido pensar que una teoría determinada “se aplica” a cierto fenómeno, convirtiéndola en una horma o en un cartabón de lo que “debe ser” el fenómeno. Una teoría, por el contrario, una vez que ha podido formularse a partir del estudio experimental de muchos fenómenos considerados de la misma clase, se contrasta, se verifica, se somete a comprobación con otros fenómenos similares.

Lo que “se aplica” son los métodos de observación, de descubrimiento y de sistematización de los resultados obtenidos. Pero los métodos, cuando son inductivos porque se desconoce la naturaleza del fenómeno en estudio y, en consecuencia, no se sabe si son los adecuados o correctos, o cuando obedecen a un proceso de verificación bien probado y establecido de una teoría ya existente, no son la explicación del fenómeno en cuestión; forman parte del instrumental de la ciencia, no del objeto estudiado. Lo mismo ha de decirse de la confusión entre sistema de representación del estudio de un fenómeno y sistema real del fenómeno. La propuesta de Aronoff y las diferentes maneras en que la corriente generativista han propuesto tratar el léxico (pues la palabra individual no se considera) obedecen a la clase de sistemas con que esa corriente busca investigar el fenómeno del lenguaje humano, pero no a la naturaleza sistemática que tenga o que constituya realmente al lenguaje.

Naturalmente que una teoría debe esforzarse por dar cuenta completa de todas las manifestaciones o variedades que pueda tener el fenómeno considerado, pero se sitúa en un nivel de generalidad o de abstracción tal que, a la vez que lo explica, no puede ofrecer descripciones específicas de todas las contingencias en que se produzca. Esto es especialmente claro cuando se trata de la unidad *palabra* en cualquier lengua. La teoría de la palabra no podrá prever las contingencias en que se forman históricamente.

Para cambiar la perspectiva con que se intente llegar a una teoría de la palabra hay que considerar los tres aspectos que han venido interviniendo en los esfuerzos anteriores y reorganizarlos con una posición epistemológica diferente. En mi caso puede considerarse como “pragmática radical” (Lara 2001). Primero, hay que partir del significado y afirmar, con Alain Rey, que “la seule définition possible de la lexicalité des unités ou, si l’on préfère, la seule définition du “mot”, est de nature sémiotique” (Rey 1977: § 6.4). Es decir, a la inversa de lo que afirman los métodos de descubrimiento morfológico de la palabra, hay que comenzar por la consideración de su sustancia del contenido, que es en donde se aloja la capacidad única que tiene la palabra para nombrar cosas, acciones, ideas, emociones propias de la experiencia de la vida. Segundo, hay que someter los criterios morfológicos y fonológicos de delimitación de la palabra a ese primado de la significación, tomando en cuenta la reciprocidad de las relaciones entre los planos del contenido y de la expresión, y el carácter determinante de la sustancia del contenido. Tercero, hay que entender el papel que juegan los sistemas de escritura en la idea de la palabra que compartimos los hablantes de lenguas como el español, el inglés, el francés, etc., lenguas todas ellas del ámbito cultural que no sólo define nuestra comprensión de las lenguas, sino que incluso ha sido el inventor de la lingüística.

### **3. El primado de la significación**

La palabra se materializa para todo hablante como nombre de cosa; como medio que le ofrece su lengua para dar nombre a todos los objetos a que da lugar su experiencia de la vida. Por eso afirma Alain Rey (1977: § 8.1.3, 186): “Si le centre conceptuel [de la lexicologie] est le domain du nom au sense large de name c’est essentiellement parce qu’il est au centre de l’articulation sémiotique du sujet humain –très explicitement du sujet de connaissance cartésien, husserlien, etc., mais plus largement du sujet social, du sujet idéologique, du sujet inconscient[...]– avec ses objets, tant sur le plan de l’expérience du savoir que sur celui de la praxis et de l’affectivité”. La palabra parece ser el núcleo del modo más importante de la significación: la denominación de los objetos dignos de consideración para la experiencia humana. Ese carácter denominativo de la palabra,

reconocido también, como se vio antes, por Lyons, es lo que primero se manifiesta a la reflexión de un hablante sobre su lengua y en el largo proceso de aprendizaje de la lengua materna por los niños.

En efecto, como lo demuestran múltiples estudios de la adquisición de la lengua materna, es el acto de denominación de elementos distinguidos de una acción verbal lo que constituye el signo (lo que Aronoff rescata, aunque con una interpretación parcial del pensamiento saussureano) y ese signo se materializa ante todo como palabra (aunque no la misma que llegan a construir las comunidades lingüísticas a lo largo de su historia).

Jean Piaget, en su investigación de *La formación del símbolo en el niño* (1959) ofrece preciosos datos de ese proceso. Por ejemplo, una niña de un año, dos meses “ve una lámpara suspendida del techo y que oscila: ella se balancea inmediatamente diciendo ‘bim bam’ (Observación 56, 88); la misma niña, al año, cuatro meses “dijo ‘au pas’ al caminar cuando hasta entonces nunca había pronunciado esta palabra y no se la acababa de decir delante de ella” (Observación 54, 86).<sup>12</sup> No se sabrá cuál será el significado de “bim bam” o de “au pas” para esa niña, pues puede corresponder, en el primer ejemplo, a la lámpara misma, a su movimiento, al ruido que se produce a cada oscilación, o al movimiento imitativo de la niña, pero en cualquier caso, “bim bam” denomina un elemento de la acción. Lo mismo se puede decir de “au pas”: puede ser la velocidad del paso, la acción de caminar o incluso una característica propia del caminar, interesante para la niña, pero la denominación se produce. A partir de esa edad, durante el sexto estadio de la formación de la inteligencia, delimitado por Piaget, la producción de palabras de esa clase se multiplica. La formación de esas proto-palabras no se “genera” desde un sistema morfológico y su correspondiente combinatoria regulada, sino que se produce en la disociación significativa de un elemento de la acción que tuvo lugar, a base de una palabra que recibe el niño de los adultos que lo rodean, pero que adquiere un significado propio en el hablar del niño. ‘Bim bam’, que podría ser una palabra de la materlalia<sup>13</sup> (de la que forman parte guaguá,

---

<sup>12</sup> A esas edades todavía no se manifiestan las construcciones sintácticas. La “palabra” se predica de lo distinguido en la experiencia, de lo referido, pero no hay una predicación materializada en una sintaxis.

miau, quíquiri-quí, etc.), procede de un acto de denominación, es decir, de la significación, no de la forma del contenido; lo mismo “au pas” (al paso o, como se diría a un niño en español mexicano, “pasito a pasito”) no es la unión de dos morfemas, sino una sola unidad de denominación.

O sea que una palabra puede definirse mejor como un signo dissociado entre todos los complejos elementos que constituyen una acción (incluidas las expresiones verbales), cuya característica fundamental es la denominación, ya sea de la acción misma, ya de uno de sus componentes, que resulte pertinente para el hablante en un acto verbal dado. Tal denominación no es una creación nueva, sino una adaptación, en el sentido piagetiano,<sup>14</sup> de un signo históricamente constituido. Como signo de una lengua real, se concreta mediante las características de la forma del contenido (morfología) y de su correspondiente plano de la expresión (fonología y fonética); como signo, sus dos planos son inseparables y mutuamente recíprocos.<sup>15</sup> El mecanismo cognoscitivo que la perfila, ya se entienda con los conceptos de coordinación de esquemas de acción de Piaget o de Gestalt todavía requiere mayor investigación, por parte de una psicolingüística experimental.

Un acto de denominación, sin embargo, no produce palabras y sólo palabras, en el sentido en que las distingue la morfología de la sintaxis. Se observa a menudo que los niños forman unidades de denominación que, en comparación con la lengua de los adultos, son más que palabras. Por ejemplo, el niño que pronuncia “elevador” y no puede distinguir el artículo; el niño que dice “la lala” en vez de “el ala,” o el pequeño francés que habla del “soiseau” en vez del “oiseau” (No hay que olvidar la manera en que el español adaptó voces árabes con todo y su correspondiente artículo: al-canfor, al-

<sup>13</sup> Elizabeth Heyns propuso este término para significar el lenguaje que usan los adultos para dirigirse a los niños en su tesis *Una prueba de exploración lingüística para niños mexicanos* (1983).

<sup>14</sup> Una adaptación es la acomodación que realiza el organismo humano (en el caso del lenguaje, la inteligencia) de acciones procedentes del medio a su propia organización. Dice Piaget (1947: 8): “el pensamiento se organiza adaptándose a las cosas y, al organizarse, organiza las estructuras.”

<sup>15</sup> No trataré aquí las hipótesis que puedan hacerse a propósito de cómo se habrán formado las primeras palabras de una lengua histórica, que forman parte de la especulación acerca de los orígenes de las lenguas, pues evidentemente, no hay documentos prehistóricos.

garabía, al-godón, al-mohada, etc.). La unidad de denominación también da lugar a composiciones como fr. *pomme de terre* 'papa', *chemin de fer* 'ferrocarril', *librepensador*, librecambista, correveidile, *neobien-pensante* y los ejemplos antes citados del inglés: *boysenberry*, *loganberry*. En la formación de términos especializados, las unidades de denominación pueden ser sintagmas conformados por palabras, como *máquina de vapor*, *síndrome de Dawn*, *teléfono celular*, etc. Todo lo cual quiere decir que, si bien la unidad de denominación está en la base de la unidad palabra, no basta con considerar su origen significativo para definirla. Se puede decir que la denominación, en términos filogenéticos, es la condición necesaria para la existencia de la palabra, pero que no es suficiente para delimitarla.<sup>16</sup>

De ese primado de la significación se puede derivar un criterio de reconocimiento de su existencia en cada lengua particular, que dé lugar a métodos de descubrimiento y de descripción.

#### 4. Criterio de la unidad de cita

Puesto que la palabra es una unidad de denominación que se produce en un acto verbal, es posible identificarla en cualquier lengua en dos clases de actos verbales: de identificación de objetos o de pregunta (y respuesta) por el significado.<sup>17</sup> En el primer caso, el acto se produce en un diálogo, en que el hablante está mostrando objetos a su interlocutor, señalándoselos y enunciando su correspondiente unidad de denominación. Es un acto muy común precisamente en lingüística descriptiva, pues sólo así puede comenzar su trabajo un lingüista que se enfrenta a una lengua desconocida para él. En culturas como la nuestra, que han desarrollado una educación gráfica, los "diccionarios visuales" sustituyen la acción verbal entre dos personas;<sup>18</sup> en otras, basta con ir mostrando objetos para obtener palabras. Por ejemplo, un niño huichol pregunta a un adulto: "¿'iki ketitita?" '¿éste qué es?' y el adulto le responde "kauxai tsiriki" 'pues es

<sup>16</sup> Hay que mantener aparte, por ahora, todas las expresiones que se escriben como palabras, como las preposiciones y las conjunciones. El criterio de unidad de denominación es claro cuando se trata de sustantivos, verbos, adjetivos y adverbios.

<sup>17</sup> Sobre el acto verbal de pregunta por el significado, véase Lara 1997: Cap. II, § 4.

<sup>18</sup> Hay que subrayar la "educación gráfica", que es un hecho semiótico definido por la cultura. Para poder interpretar gráficas o ilustraciones como las que se encuentran en esos diccionarios, hay que haber recibido una educación previa, pues de otra manera o son ininteligibles o producen conflictos culturales.

una zorra', en que *kauyai* se aísla como unidad de denominación de la zorra; a "¿'iki ta?" '¿y este?', responde "miki ta maye" 'ese es un león' (maye); "¿ketitita 'iki?" -erepante (un elefante, con el hispanismo).<sup>19</sup>

En su manual dedicado a la lexicografía de lenguas amerindias, Doris Bartholomew y Louise Schoenhals (1983: § 5.2.1, 33; yo subrayo) señalan: "it is imperative that a psychologically natural form of a lexical item be cited as the entry form in the dictionary listing. A form should be chosen that is most apt to come to the mind of the indigenous user when he wishes to locate something in the dictionary. It is important to choose a citation form that he finds easy to understand in isolation and that in some sense represents the basic meaning of that lexical item." Que se trate de un tema lexicográfico y no lexicológico no debe oscurecer el hecho de que, en la práctica lexicográfica de esas autoras, la existencia de una unidad de cita se puede comprobar en múltiples lenguas. "Some languages may have already developed a citation form that speakers use to refer to a lexical item. Totontepec Mixe has such a form for verbs. It showed up in a folklore text when the story teller paused in his narration to explain the meaning of the word he had just used."<sup>20</sup> Este es el caso de un acto verbal de explicación del significado de una palabra, que ocurre espontáneamente cuando un narrador se detiene ante una unidad de denominación que puede ser desconocida para sus interlocutores. No siempre la unidad de cita es un morfema libre, sino que muchas veces necesita integrarse con varios morfemas para poderse actualizar. Es libre, según esas autoras, en náhuatl y en otomí,<sup>21</sup> en la forma de tercera persona del singular del presente, que se selecciona como unidad de cita de los verbos, pues en ella la raíz forma la palabra. En náhuatl moderno, de la localidad de Ocotlán Texizapan, Veracruz, por ejemplo, [motalowa] 'corre', [nehnemi']

<sup>19</sup> Agradezco estos ejemplos a la profesora Paula Gómez, de la Universidad de Guadalajara, México. La lengua huichol forma parte del tronco yuto-azteca; se habla en una amplia región de la confluencia de los Estados de Jalisco, Nayarit, Durango y Zacatecas, en el occidente-norte de México.

<sup>20</sup> El mixe de Totontepec (Oaxaca) forma parte de la familia de lenguas mixe-zoque. El subrayado es mío.

<sup>21</sup> El náhuatl sigue siendo la lengua más extendida de Mesoamérica, aunque muy fragmentada en diversos dialectos; el otomí es de la familia oto-mangué; comparte muchas regiones con el náhuatl, aunque predomina en los Estados de México (al sur, oeste y norte), Hidalgo, Querétaro y San Luis Potosí.

'camina', [pata:ni'] 'vuela', se citan de esa manera; en tanto que los sustantivos se citan, o bien sin morfemas de número ni género: [ikpál] 'silla' (en los diccionarios icpalli), [ilwika'] 'cielo' (ilhuicatl), o bien [noma] 'mi mano', [nohyish] 'mi ojo', [nohyia] 'mi nariz', en que el pronombre "posesivo" es el instrumento de actualización del nombre.<sup>22</sup> Este papel de los pronombres es muy común en otras lenguas, como en los casos de varios dialectos zapotecas y mixtecos.<sup>23</sup> Pero lo que hay que resaltar es que la existencia de la unidad de cita es el mejor testimonio del origen semántico de la palabra y, a la vez, el elemento del plano del contenido en que se basa su posterior delimitación morfológica.

## 5. La delimitación morfológica de la palabra

Cuando el estudioso de la morfología de una lengua no se atiene a la radicalidad distribucionalista comentada al comienzo de este artículo, parte de la unidad de denominación para explorar la conformación morfológica de la palabra; lo mismo hace el descriptor de una lengua para poder proponer a su informante probables pares mínimos que lo lleven a descubrir los fonemas de su lengua. Sólo que tal hecho no se reconoce, a causa de la limitación autoimpuesta, de no considerar el significado, sino de utilizarlo únicamente como instrumento de descubrimiento.

De acuerdo con el punto de vista aquí adoptado, hay que postular ahora que los criterios morfológicos de delimitación y reconocimiento de la unidad *palabra* en cada lengua deben ocupar un segundo lugar en la jerarquía de criterios que establezca una teoría de la palabra.

Precisamente porque ha sido la morfología la rama de la lingüística que más ha debatido la existencia real de la palabra, todos los autores comentados en este artículo y muchos más han propuesto criterios morfológicos de reconocimiento y delimitación de la unidad

---

<sup>22</sup> Debo estos ejemplos a mi alumna Rubí Ceballos. No me parece "posesivos" la designación más adecuada de esos morfemas cuya función es localizar un objeto en relación con el acto verbal, pero es la más usual.

<sup>23</sup> Ambas de la familia oto-mangue; la comunidad de lenguas zapotecas en el Estado de Oaxaca y el mixteco en ese Estado, sur de Puebla y sierra de Guerrero.

palabra, a veces con diferentes nombres. Se pueden resumir de la siguiente manera:

1. Según la distinción de Bloomfield (1933: § 10.1) entre morfemas libres y ligados, cualquier elemento de primera articulación que pueda pronunciarse en aislamiento es una forma mínima, o morfema libre; en tanto que una forma ligada es la que no puede cumplir con esa condición.<sup>24</sup> Una unidad de denominación siempre se puede pronunciar o escribir en aislamiento, sólo que no es necesariamente mínima. Cuando lo es, es una palabra: hoy, jamás, azul, yo, allá, Juan, *goose*, *straw*, etc. Cuando la unidad de denominación no es una forma mínima libre es necesario someterla a una serie de conmutaciones con otras formas que tengan las mismas bases de comparación, para reducirla a formas mínimas o morfemas; una vez lograda la reducción se reconocerán los morfemas ligados que la componen.

Cuando la reducción lleva al reconocimiento de morfemas ligados, dado un corpus de unidades de denominación, aquellos que tengan una frecuencia de aparición notablemente mayor que los demás, pero constituyan un inventario notablemente menor que los otros se postulan como morfemas de valor gramatical o gramemas;<sup>25</sup> los que formen un inventario mayor (que después será casi ilimitado), pero tengan una baja o muy baja frecuencia de aparición se postularán como lexemas. Así se distinguen, por ejemplo, cant-, bail-, toc-, perr-, gat-, lob-, niñ-, banc-, etc. de -o, -as, -é, -a, etc. Según la lengua de que se trate, una palabra puede estar formada por un lexema y uno o varios gramemas, como es el caso de canto, canté, baila, bailó, toca, toqué, perro, perra, gato, lobo, niño, banco, o del alemán *vor-stell-en* ('presentar o imaginar'), *her-aus-zu-find-en* ('encontrar o llegar a una conclusión'), etc. Cuando la unidad de denominación está compuesta por dos o más lexemas se define su estructura compuesta y se opta por considerarla palabra (*strawberry*, *boysenberry*) o sintagma de carácter fraseológico.

<sup>24</sup> Son bien conocidos los contraargumentos que recibió Bloomfield desde que enunció su distinción y que siguen teniendo vigencia. Véase Kramsky (1969: III, 3), que los resume.

<sup>25</sup> Para la designación de las unidades morfológicas sigo la terminología del estructuralismo europeo, particularmente la de Klaus Heger.

Como señala Lyons (1968: §§5.4.9 y 5.4.10) “to call a particular ‘complex’ of morphemes a ‘unit’ implies that these morphemes are in greater ‘cohesion’ than other groupings of morphemes in the sentence which are not recognized as words”. En efecto, no sólo se ha dicho que la unidad de denominación puede ser más que una palabra, sino que, desde el punto de vista estrictamente morfológico, cualquier expresión verbal que no sea un morfema libre puede considerarse una cadena de morfemas ligados sin solución de continuidad, que haga de la palabra una unidad inexistente, sólo alojada en nuestra concepción cultural y que, en consecuencia, haga preferible reconocer teóricamente al morfema y al sintagma, como lo proponía Martinet, y no a la palabra. Una cadena de morfemas ligados da lugar a una unidad *palabra* si se analiza su cohesión, es decir, la mayor o menor necesidad de que unos morfemas aparezcan siempre ligados entre sí para que la unidad de denominación conserve su identidad.

De seguirse un procedimiento distribucionalista para comprobar esa cohesión, se puede demostrar que ciertos morfemas ligados entre sí no pueden separarse, en tanto que otros permiten diferentes grados de distanciamiento. Alfonso Medina (2003) ha demostrado, con enfoque distribucionalista y métodos cuantitativos, la posibilidad de medir la cohesión interna de la palabra de una manera muy aproximada a la que seguiría un hablante. Para Lyons, tal cohesión se prueba analizando la inseparabilidad (*uninterruptability*) entre morfemas. Greenberg (1954: § 3.3) ofrece un ingenioso método para hacerlo.

En cambio, el criterio de movilidad posicional (positional mobility) de Lyons, que consiste en analizar la capacidad de la unidad de denominación,<sup>26</sup> previamente delimitada por la medida de su cohesión, para permutarse con otras unidades de la misma clase, está limitado al tipo de lengua de que se trate, pues depende de la libertad que ofrece cada una para modificar el orden de palabras en la oración. En español resulta más útil que en inglés.

---

<sup>26</sup> Pues no se puede caer en el círculo vicioso de considerarla “palabra” antes de terminar de delimitarla, como inadvertidamente (?) lo hace Lyons (1968 : § 5.4.10): “One of the characteristics of the word is that it tends to be internally stable (in terms of the order of the component morphemes), but positionally mobile (permutable with other words in the same sentence)”

La cohesión entre morfemas que forman la unidad de denominación se ha tratado de varias maneras en las diferentes propuestas consideradas, que no siguen la radicalidad distribucionalista. El criterio de "inseparabilidad" de Lyons, por ejemplo, se enfoca como limitación en la posibilidad de inserción de otros morfemas entre dos que forman la unidad. C.E. Bazell (1957: 25), quien también propone este método, sostiene, por ejemplo, que el fr. *sauvez* ofrece muy pocas posibilidades para insertar un morfema más entre *saur-* y *-ez*. Una variante del criterio de movilidad posicional es la limitación de la posibilidad de insertar otras unidades de denominación en un sintagma dado (es decir, la limitación está definida por el paradigma del que forme parte la unidad). Bazell señala que el morfema *-ez* en el ejemplo anterior, sólo puede sustituirse por muy pocos morfemas más. Otra, en cambio, es la limitación para modificar la secuencia entre morfemas de una unidad de denominación.

A base de métodos de análisis como los reseñados, se puede reconocer la estructura morfológica de la unidad de denominación y llegar a la delimitación de la palabra, que se confirmará como idéntica a la unidad de denominación o se identificará como parte de una unidad más grande, propia de la fraseología.

## 6. La determinación fonológica de la palabra

En cuanto forma, la unidad palabra también se ve determinada por su composición fonológica. En una lengua ciertos fonemas sólo pueden ocupar ciertas posiciones en la sílaba, en una sucesión de sílabas o al comienzo o el final de una unidad de denominación que se considere palabra. Emilio Alarcos Llorach, en su *Fonología española* (1965: 99 y ss.) relata que, en japonés, en posición inicial de palabra no es posible ninguna combinación de consonantes; en posición interna de la palabra, sólo se admite la combinación de /n/ más consonante (cuando un japonés comienza a aprender español, tiende a pronunciar la palabra *grande* como [gurande], que ajusta a su propio patrón silábico: CV.CVn.CV); en posición final, sólo se encuentra vocal o vocal más /n/, es decir, en el patrón silábico del japonés no es posible una formación CCV y, por eso, una palabra japonesa no puede comenzar con dos o más consonantes.

De esas características de las estructuras silábicas de las lenguas deriva, en muchas de ellas, una función específica de sus fonemas: la función demarcativa de los fonemas de una lengua, es decir, el que puedan servir como marcas de comienzo o final de palabras. En consecuencia, esta función de los fonemas se puede considerar como criterio de la determinación fonológica de la palabra.

No sólo los fonemas segmentales sirven a la determinación de la palabra, sino también los suprasegmentales e incluso fenómenos fonéticos sin pertinencia fonológica. Tal es el caso, por ejemplo, del acento de intensidad; como señala Lyons (1968: § 5.4.11) "for all languages with a word-accent it is true (in general) that there will be the same number of words in an utterance as there are accents",<sup>27</sup> como sucede en español. Pero cuando el acento no tiene valor fonológico, su presencia es quizá más determinante para la delimitación de la palabra. En francés, por ejemplo, su posición en la última sílaba de la palabra sirve como instrumento de delimitación. Lo mismo sucede, por ejemplo, con el tsel'tal de Chiapas.<sup>28</sup> En *choják* 'red', *chomba'jél* 'comerciante' o *alál* 'niño', el acento no es pertinente, pero como cae en la última sílaba, es un indicador de frontera final de palabra. En checo, en cambio, el acento cae siempre en la sílaba inicial, por lo que puede indicar frontera inicial de palabra.

## 7. La palabra hablada

Como conclusión de todo lo anterior se puede postular que la unidad *palabra* en cualquier lengua es el resultado de una sorprendente organización de elementos sistemáticos de las formas del contenido y de la expresión, determinada por el papel que tiene como signo que refiere a la experiencia de la vida. El modo en que se integran esos elementos, es decir, el modo en que los juegos morfológicos y morfotácticos se ajustan a los fonológicos, fonotácticos y fonéticos, lleva a uno a suponer que estamos ante una de las manifestaciones más evidentes del sistema lingüístico como sistema com-

<sup>27</sup> La sílaba tónica en una expresión verbal desempeña un papel central en la percepción de la expresión, como se puede comprobar en el habla infantil, en que, por ejemplo, *jamón* se ve pronunciado como [mon], *manzana* como [ana], etc. y, en consecuencia, en el reconocimiento de la unidad de denominación.

<sup>28</sup> De la familia maya, se habla en el centro y norte del Estado.

plejo, comparable con muchos sistemas que existen en la naturaleza, en la organización de los seres vivos, e incluso, en la organización del clima y los fenómenos meteorológicos de la Tierra. Esa es la clase de complejidad que debe tratar una teoría de la palabra, que no es equivalente al método de análisis por niveles que se acostumbra en lingüística descriptiva.<sup>29</sup> Dicho de otra manera: la palabra no parece ser simplemente “un nivel entre la morfología y la sintaxis”, sino una organización compleja de elementos fonéticos, fonológicos y morfológicos, orientada por la significación. En tanto no se asuma como tal, no podrá construirse una verdadera teoría de la palabra, ni menos proponerse una representación formal de la palabra, que conduzca a algoritmos interesantes para la lingüística contemporánea. El papel que tenga en las relaciones entre morfología y sintaxis obliga a replantear todas las concepciones usuales del sistema lingüístico.

A pesar de ello, no se puede afirmar que en la lengua hablada se llegue a una delimitación de la unidad *palabra* que corresponda a las unidades que parecen tan evidentes para hablantes como nosotros, miembros de comunidades lingüísticas que han desarrollado esta forma particular de cultura escrita, en que la palabra se manifiesta entre espacios en blanco casi totalmente sistemáticos. La complejidad morfológica y fonológica de las unidades de cita, que son las que mejor demuestran la posibilidad de que existan palabras en todas las lenguas, más bien da lugar a varias unidades palabra en la misma lengua, como se vio en el caso de las dos unidades de cita de sustantivos en náhuatl, y a varios titubeos en la segmentación que hacen sus hablantes. En español actual lo mismo podrían considerarse palabras *asimismo*, *alrededor*, *dárselo*, *afuerzas*, *nomás*, *dizque*, *bien nacido*, etc. que *así mismo*, *al rededor*, *dar se lo* (en comparación con *se lo da*), *a fuerzas*, *no más*, *diz que*, *bien nacido*, etc., así como la confusión entre la conjunción adversativa *sino* y la combinación de la conjunción condicional *si* con el adverbio *no*. Ese hecho fuerza a tomar

---

<sup>29</sup> Hay que insistir en la diferencia entre los métodos de estudio y la naturaleza del fenómeno en estudio. Los métodos de análisis por niveles, “de abajo hacia arriba”, como lo hace la lingüística descriptiva, o “de arriba hacia abajo”, no deben llevar a pensar, como sucede, que una lengua es un sistema de niveles. El caso de la unidad palabra demuestra que la complejidad del sistema es de otro carácter, aunque no sepamos todavía cómo es.

en consideración un elemento definitorio más de la unidad palabra, inveteradamente descartado por la lingüística moderna: la escritura.

## 8. La determinación de la palabra escrita

Ha sido necesario dejar hasta el último la delimitación escrita de la unidad *palabra* porque sigue siendo cierto que muchas lenguas del mundo no tienen escritura y, en cambio, se postula que tienen unidades *palabra*. Pero, en vez de seguir soslayando la escritura como simple, arbitraria y caprichosa forma de transcripción del habla, hay que darle su lugar entre los criterios de delimitación de la unidad *palabra* no sólo para comprender lo que son las palabras de las lenguas con escritura alfabética, como el español, sino para reconocerla en su historicidad cultural y en el papel que ha tenido en la evolución de estas lenguas.

Dejaré de lado los valiosos datos que ofrece a la lingüística la escritura logográfica, como los jeroglíficos egipcios, los mayas, los del centro de Mesoamérica (toltecas, mixtecos, zapotecas) o los ideogramas chinos, que pueden ser testimonios de otra manera de plasmar las unidades de denominación.<sup>30</sup> Es claro que una unidad de esta clase puede escribirse a partir del reconocimiento esquemático de ciertos objetos presentes a la vista y dar lugar a Gestalten de carácter icónico, para luego evolucionar a formas cada vez más abstractas, que lleguen a constituir un lenguaje gráfico completamente independiente de la lengua en cuya cultura se produjo. La historia de la escritura demuestra, incluso, que el desarrollo de los alfabetos resultó de primitivas (en el sentido de primeras, no de sencillas) escrituras logográficas: dados ciertos logogramas de objetos presentes a la vista, se seleccionaron como representantes de alguna de las sílabas del nombre de esos objetos en la lengua de sus autores y, posteriormente, llegaron a representar uno de los fonemas de esas sílabas.<sup>31</sup> Ese fue el caso del jeroglífico egipcio para el desarrollo de las escrituras hierática y demótica, y para las del árabe y el hebreo; a la vez, se cree que la escritura egipcia fue una de las principales

<sup>30</sup> Véase al respecto Sampson 1997.

<sup>31</sup> Por ejemplo, el jeroglífico icónico del ojo, correspondiente a la raíz *jr-t* de la lengua egipcia, dio lugar a la escritura del sonido *jr*.

influencias para la creación de la escritura fenicia y luego griega, de donde procede la latina.<sup>32</sup>

Los estudios recientes de la historia de la escritura han venido demostrando el largo proceso de formación de la palabra escrita en las culturas herederas de las tradiciones latina y griega. Todo indica que, si bien originariamente la escritura se rige por la correspondencia entre sonido y letra pues, como señala Françoise Desbordes (1995: Cap. 11), los latinos querían “escribir como se hablaba”, haciendo caso omiso de una sistematización ortográfica, no hubo por mucho tiempo un reconocimiento gráfico de las unidades palabra: se dio el caso, que parece paradójico, de que haya habido una época en que se separaban mediante espacios, anterior al Imperio, y otra posterior, en que la escritura era continua (por ejemplo, en los textos de Octavio Augusto).

Según afirma Desbordes (1995: 229), la escritura, concebida como transcripción del habla, no fue objeto de sistematización por mucho tiempo, y cuando comenzaron a establecerse las separaciones entre palabras, eran resultado sobre todo de la dificultad de interpretación de lo escrito durante la lectura. Una expresión como “Coruinum” podía interpretarse como un nombre propio, pero también como *cor uinum* ‘corazón, vino’, o *corui num* ‘cuervo, acaso’. Fue la lectura la que obligaba a los latinos a seguir un complicado proceso de preparación de la enunciación del texto, que comenzaba por su corrección: “Especialmente la corrección (emendatio) es absolutamente necesaria atendiendo a la condición del “libro” antiguo: éste es una copia manuscrita, de calidad frecuentemente mediocre... que presenta una grafía compacta, más o menos desprovista de signos de puntuación y hasta reducida (por lo menos en ciertos casos y en ciertas épocas) a una sucesión uniforme de letras, sin separación de las palabras. En tales condiciones, la corrección como algo previo a la lectura debía parecerse a lo que es hoy la anotación de una partitura musical” (Desbordes 1995: 38). Las dificultades de lectura se siguieron produciendo durante la Edad Media. Zamudio (2003: 46), citando a Parkes (1998: 137) afirma: “la *lectio* o *praelectio*... era el

---

<sup>32</sup> Estos hechos históricos han llevado a varios historiadores de la escritura a extrapolar del proceso de formación de la escritura alfabética una necesidad teleológica para todos los sistemas de escritura que se pueda querer crear en el presente.

proceso por el cual el lector tenía que descifrar el texto (*discretio*) identificando sus elementos —letras, sílabas, palabras y oraciones— para poder leerlo en voz alta (*pronuntiatio*) de acuerdo con la acentuación que exigía el sentido”. Lentamente comenzaron a aparecer separaciones de la escritura continua: unidades que, a juicio de Parkes, se formaban por su patrón rítmico, como *sermodomini, aequeseemper, nonconsequatur, possibileest*, que no dejan de apuntar al reconocimiento de unidades de denominación. En el caso de la España romance, una influencia importante para la separación de palabras en los textos escritos parece haber sido la traducción del árabe, por cuanto, debido a las características de la escritura árabe, que representa sólo consonantes, la separación de palabras era una necesidad más apremiante para la correcta interpretación de los textos. Fue hacia finales del siglo XI cuando comenzó a establecerse una separación canónica de la palabra latina: “todas las palabras, incluyendo las conjunciones (con excepción de las pospuestas *-cum*, y los enclíticos *-que* y *-ve*...) los monosílabos y las partículas (excepto el interrogativo *-ne* y los inseparables *in-* y *ve-*) se aislaban por un espacio...” (Saenger 1997, apud Zamudio 2003: 54).

De esa historia, cuya integración y sistematización todavía está por hacerse, en particular cuando se trata de la lengua española, se puede colegir que la unidad de la palabra escrita se fue construyendo muy lentamente desde la lectura de los textos clásicos en la Antigüedad y la Edad Media hasta comienzos del siglo XVII (gracias a la difusión del libro impreso y el nacimiento de la lexicografía), a base de un análisis semántico de los textos y sus correspondientes análisis sintáctico, morfológico y fonológico, pero también a base de un principio de economía de los signos gráficos, que todavía no se entiende lo suficiente. Ejemplo de ello es la inclusión arriba citada de *-cum*, *-que*, etc. en la palabra latina, o la posición enclítica ligada de los pronombres en español: *dáselo*, frente a la posición proclítica separada en *se lo da*. Que tales diferencias no sean arbitrarias, sino efecto de un análisis sintáctico, puede demostrarse a base de los criterios de economía y cohesión propuestos por Medina (2003). Fue la combinación de ambos procedimientos la que llevó a considerar palabras, por ejemplo, las conjunciones o las preposiciones, así como la conveniencia de separar los artículos de los sustantivos, por más que se tratara de morfemas ligados.

La unidad *palabra* en la escritura no es, en consecuencia, un mero arbitrio sin valor lingüístico, sino un resultado del análisis lingüístico llevado a cabo por decenas de gramáticos y, después, de impresores y lexicógrafos, orientado a volver eficaz la lectura, hasta el grado que ha llegado a tener hoy en día. En la medida en que la palabra es fruto de una reflexión lingüística, ha venido a retroalimentar nuestro conocimiento de la lengua y ha sido eso lo que la vuelve tan inevitable “psicológicamente” y tan “intuitiva” hasta para los mismos lingüistas.<sup>33</sup>

Para las comunidades lingüísticas que han llegado a conformar sistemas de escritura eficaces para la transmisión del conocimiento, la palabra escrita es, por eso, un fenómeno lingüístico real, que no se puede separar de su existencia hablada, aunque obedezca a otros criterios, originados en el sistema de la escritura. Para las comunidades lingüísticas que no disponen de esta clase de escritura, la unidad palabra también existe, aunque con otras características que, sin embargo, se pueden explicar en una teoría de la palabra.

---

<sup>33</sup> Dejo de lado, por ahora, los datos que comienza a ofrecer la investigación neuro-lingüística de la unidad palabra, lograda generalmente mediante los métodos de potenciales evocados y de estudios tomográficos.

## BIBLIOGRAFÍA

- Alarcos Llorach, Emilio  
1965 *Fonología española*. Madrid: Gredos. 4ta. edición.
- Aronoff, Mark  
1976 *Word Formation in Generative Grammar*. Linguistic Inquiry Monography 1. Massachussets: MIT Press.
- Bally, Charles  
1909 *Traité de stylistique française*. Klincksieck: Ginebra.
- Bartholomew, Doris y Louise C. Schoenhals  
1983 *Bilingual Dictionaries for Indigenous Languages*. Summer Institute of Linguistics: México.
- Bazell, Charles E.  
1957 "Historical Sources of Structural Units". En Ed. D. Catalán *Miscelánea Homenaje a André Martinet. Estructuralismo e historia*, I. Tenerife: Universidad de La Laguna. 19-29.
- Bühler, Karl  
[1934]1967 *Teoría del lenguaje*. Trad. Julián Marías. Madrid: Revista de Occidente.
- Coseriu, Eugenio  
1973 "Sistema, norma y habla". En *Teoría del lenguaje y lingüística general*. Madrid: Gredos. (La primera edición de este artículo es de 1952).
- Desbordes, François  
1995 *Concepciones sobre la escritura en la Antigüedad Romana*. Barcelona: Gedisa.
- Greenberg, Joshua  
1954 "The Word as a Linguistic Unit". En Ed. C. Osgood. *Psycholinguistics. A Survey of Theory and Research*. Baltimore. 66-71.
- Harris, Zelig  
1951 *Structural Linguistics*. Chicago: The University of Chicago Press.

Heger, Klaus

1974 "Documentabilidad, frecuencia y aceptabilidad". En *Teoría semántica. Hacia una semántica moderna*, II. Madrid: Alcalá.

1976 *Monem, Wort, Satz und Text*. Tübingen: Niemeyer.

Hiorth, Finnegair

1958 "On defining Word". En *Studia Linguistica* 12. 1-26.

Hjelmslev, Louis

[1943]1974 *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*, Trad. José Luis Díaz de Liaño. Madrid: Gredos.

Krámský, Jiri

1969 *The Word as la Linguistic Unit*. La Haya: Mouton.

Lara, Luis Fernando

1997 *Teoría del diccionario monolingüe*. México: El Colegio de México.

2001 *Ensayos de semántica. Lengua natural y lenguajes científicos*. México: El Colegio de México.

Lyons, John

1968 *Introduction to Theoretical Linguistics*. Cambridge: Cambridge University Press.

Martinet, André

1949 *Word*, 5. 88-89.

Martinet, André (dir.)

1975 *La lingüística, Guía alfabética*. Barcelona: Anagrama. (La primera edición francesa 1969).

Matthews, Peter H.

1971 *Morphology. An Introduction to the Theory of Word-structure*. Cambridge: Cambridge University Press.

Medina Urrea, Alfonso

2003 *Investigación de prefijos y clíticos en el español de México. Glutinometría en el Corpus del español mexicano contemporáneo*. Tesis. El Colegio de México.

Parkes, M.B.

1993 *Pause and effect. An Introduction to the History of Punctuation in the West*. University of California Press.

Piaget, Jean

[1947]1969 *El nacimiento de la inteligencia en el niño*. Trad. Luis Fernández Canela. Madrid: Aguilar.

[1959]2000 *La formación del símbolo en el niño*. Trad. José Gutiérrez. México: Fondo de Cultura Económica. 14<sup>a</sup> reimpresión.

Rey, Alain

1977 *Le lexique: images et modèles: du dictionnaire à la lexicologie*. Paris: A. Colin.

Saenger, Peter

1997 *Space between words. The Origins of Silent Reading*. Stanford: Stanford University Press.

Sampson, Geoffrey

1997 *Sistemas de escritura. Análisis lingüístico*. Barcelona: Gedisa.

Togebly, Knut

1949 "Qu'est-ce qu'un mot?" En *Travaux du Cercle Linguistique de Copenhague* 5. 97-111.

Zamudio, Celia M.

2003 *El papel de la transcripción en la construcción del dato lingüístico*. Tesis. México: El Colegio de México.